



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11438

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 13 DE DICIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ANTONIO BARGIULO

ULTRAMARINOS FINOS

Gran surtido de Mazapán de Alabama, jaleos, frutas en almibar, conservas finas, cajas de galletas finisimas, especialidad para regalos.

Vinos y licores de las mejores marcas y el especial de Rioja de las bodegas franco españolas, á peseta la botella.

Higos pajareros, en serillos de 10 kilogramos neto á 4'25 pesetas un.

PUERTA DE MURCIA, NUMS. 44 Y 46.

¡QUÉ ABANDONO!

Raro es el día que al recibir el cambio y pasar la vista por los colegas que lo forman, no nos salta a la vista una noticia referente al abandono en que los Ayuntamientos tienen la instrucción pública.

Ora se trata de un infeliz maestro de escuela que vive de milagro porque el Ayuntamiento del pueblo en que desahoga su cometido le debe cuantiosos créditos; ya de una desidia la maestra que vive de la cátedra pública teniendo créditos de miles de pesetas que en sus peticiones ni busca ni influye para que pueda hacer efectivo; ya de maestros que viéndose obligados a abandonar la escuela, por no darse medio más fáciles de vida, son sometidos á expedientes para que los despidan equitativa y prontamente, sin que se les pague nada.

Esto es extremadamente vergonzoso y por serlo es digno de ser algo ojeado.

Lo que pasa con los maestros de escuela no tiene nombre; lo que se hace con esos modestos funcionarios indigna y nos honra. Deberían guardarse toda clase de consideración a su remanerles espléndidamente su trabajo, aten-

derlos en primer término, respetarlos como a los que más, por la honrosa y delicada misión que tienen de educar niños para hacer buenos ciudadanos y lejos de eso se les abandona y expone a la risa pública, hasta el punto de haber hecho del maestro de escuela una especie de hazme reir.

Esto no es serio ni justo ni digno. Mientras no nos limpiemos de tan fea culpa será inútil que habite nos de regeneraciones, porque como no empezamos por regenerar la educación y las costumbres no podremos ser más de lo que somos.

Hay que dignificar al maestro de escuela si queremos que cumpla su misión: porque ¿qué concepto podrá tener de su maestro el niño y como se acostumbrará a respetarlo, si los hombres no le dan el ejemplo de respetarlo?

Alemania ha llegado a ser grande por el maestro de escuela; Francia los respeta como a sacerdotes; en Suiza, en Inglaterra y en otras naciones se les sostiene con decoro y hasta se les mima. Aquí se les mira en muchos pueblos casi con desdén. Así hay tanta diferencia entre la población rural de España y la de los mencionados países.

Mientras no haya medios de que el maestro cobre y viva al abrigo de la enemistad del alcalde no daremos un paso adelante.

Y no podemos quejar estancados. La sociedad española no puede negarse á obedecer la voz del progreso que le grita: ¡anda! Hay que obedecerla emprendiendo el camino de la regeneración; pero hay que dejar en el abandono la costumbre criminal de negar al maestro de escuela el derecho á la vida.

Buenos maestros de escuela y un ministro de Fomento que obligue á respetarlos, es lo que hace falta.

Con esos elementos habremos hecho mucho por el bien de España.

TIJERETAZOS

El Sr. Silvea lo ha dicho: «De ese presupuesto (el de Marina) me declaro personalmente responsable y no lo retiro.»

Y efectivamente, la comisión de presupuestos ha retirado la mitad de los capitulos de dicho presupuesto para hacer en ellos algunas reformas.

Y ¿tú contenté por haber llevado su gaito al agua.

El Sr. Silvea se sale con la suya no retirando el presupuesto; se retira solo la mitad por la comisión.

Esta le dá gusto al respetable público.

Y este se queda tan contento del triunfo conseguido.

Y en el año próximo se continuará.

Letemos: «Varios astrónomos han observado que las manchas del sol van tomando proporciones alarmantes.

Los aludidos astrónomos manifiestan sus temores de que, si continúan extendiéndose las manchas, la luz del sol deje de verse desde algunos pueblos de la tierra.»

Mientras no recese esa predicción con los pueblos de este rincón del mundo...

Porque ¿qué iba á ser de los españoles si se vieran imposibilitados de tomar el sol?

Dice un colega:

«Las verdades, por muy amargas que sean

para aquéllos á quienes van dirigidas, son verdades al fin.»

Eso lo deba haber leído el colega en alguna parte.

Tal vez en cualquier escrito de Pero Grullo.

Pues solo al campeón de la simpleza se le pudo ocurrir que las verdades, aunque sean amargas, son verdades al fin.

UNA CARTA

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Mi estimado amigo:

Como si no fueran bastante á destruir la riqueza de ese laborioso país los proyectados impuestos sobre minerales, el ministro de la Gobernación por un lado y las oposiciones parlamentarias por otro, quieren hacer tabla rasa de cuanto representa vida y movimiento en Cartagena.

Las proyectadas reformas sociales del de Gobernación, no obstante tener mucho de bueno, agravarán considerablemente las industrias mineras, pues aunque éstas fueran declaradas de producción permanente para sustraerlas al descanso dominical, y la tolerancia de las autoridades mitigase algo los rigores prohibitivos del trabajo de los jóvenes, el resultado práctico ha de ser, dada la corrupción de todos los organismos administrativos, que la investigación oficial será para unos otro de los negocios de la vida y para otros una amenaza constante á la libertad del trabajo, cuando no arsenal en que se depositen y estallen todas las malas pasiones.

Gravísima es también la cuestión planteada por las oposiciones en la Cámara popular al pretender que se retire el presupuesto de Marina; pues la travesura de mi amigo D. José Canalejas y la falta de habilidad parlamentaria del Presidente del Consejo, han hecho que tome un carácter trascendental político, lo que no debí pasar de una discusión libre y sosegada de algunas partidas del Presupuesto. La imprudencia del Sr. Silvea al invocar la dignidad de la mayoría amenazando con la fuerza del número las libres iniciativas de las minorías, y la falta de tino al recordar

pacios y conoieros, que si alguna vez han existido con algún personaje de la minoría liberal, no debieron salir á la publicidad, han traído un verdadero conflicto parlamentario, el mayor de cuantos ha sufrido la vida del actual Gobierno y seguramente el que obligará á la Corona á hacer uso de su prerrogativa.

Lo sensible para nuestros intereses es que las oposiciones han hecho en esta cuestión de cabeza de turco el presupuesto de Marina, especialmente el trabajo de los arsenales, más que castigados ya por disposiciones gubernativas.

Parece que el pobre obrero sea el responsable de los desastres de nuestra Armada, y que si los barcos no se destruyen bien y rápidamente es por falta de pericia en las maestranzas.

Ni ha querido el Sr. Maura desmentir aquel antiguo adagio de que «siempre la soga se rompe por lo más delgado» y lo que es culpa directa de los Centros técnicos que residen en Madrid, y de un engranaje administrativo tan inútil como perjudicial para todo cuanto á la adquisición de materiales se refiere, lo achaca á la honrada é inteligente maestranza, tal vez porque dentro del recinto de las Cortes no hay quien con justicia la defienda.

Más justo estuvo el Sr. Bergaín al señalar lo absurdo del presupuesto de Marina, fundando el desparpajo en la punible desproporción entre lo consignado para personal, gratificaciones, comisiones y servicios, y lo destinado á material y construcciones. Las economías en el personal limitando las escalas activas á lo absolutamente indispensable y suprimiendo organismos superiores de probada inutilidad, hubiera estado justificadísimo, amén de reorganizar todo el sistema administrativo de buques y arsenales, y de reconstituir, con la independencia necesaria, instituciones facultativas muy próximas á desaparecer ante la tendencia de absorción despertada en el Cuerpo general; pero de esto, que es lo que la tolerosa experiencia impone, á renunciar al porvenir, matar nuestras maestranzas, abandonar las construcciones próximas á terminar, sepultar en las dársenas, como inservible, lo poco que queda de nuestro poder marítimo, y sumirnos en un estado contemplativo de desdichas pasadas, abandonando nuestra nacionali-

—Eso es que se me figura que le haceis falta para algo á mi señora, y no quiero exponerme á que se enoje conmigo si os extropeo.

—Vamos, dijo Perea, vamos entendiéndonos: ¿con que creéis que yo hago falta á vuestra señora? ¿Y para, qué?

—¡Qué me sé yo!

—Entonces, ¿por qué decís que le hago falta?

—Porque habiendo venido mi señora de incógnito, se ha dejado ver de vos.

—¿Y no mas que por eso?

—¿Y os parece poco?

—Cierto que no: mi señora es muy prudente.

—Bien se la conoce.

—Luego cuando ha dejado que vos la conozcais, por algo habrá sido.

—¿Sabéis que es muy posible que tengais vos una carta de doña Giovanna para vuestra señora, y que me están dando tentaciones de tenderos para quitáros esa carta?

—Pues se os ocurren cosas muy graciosas, dijo Pommeferre. ¿De dónde sacais que yo pueda tener una carta?

—En que no hay poder humano para arrancaros de aquí.

—Sois un tonto, señor Perico, y va á ser menester

Se calmó el prudente Pommeferre, y volvió á acordarse de la cesta.

—Pues lo que es yo no me muevo de aquí hasta que hable con mi hembra.

—Me parece á mí que vuestra hembra se ha acostado sin hacer caso de vos.

—Como á su señora le duele la cabeza, le estará poniendo sinapismos.

—El sinapismo lo sois vos, dijo Perea.

—Y vos sois el pesado mas intolerable que conozco.

—O me habeis de decir lo que necesito, ó no os dejo.

—Es que yo no tengo que deciros nada, y si algo tuviera que decir, no os lo diría solamente por lo pesado que estais.

—Me parece que va á ser aquí el lance, dijo Perea.

—Ni aquí ni en ninguna parte, dijo Pommeferre.

—¡Calla! ¿Si os acreverais entonces conmigo por que era un obichillo?

—Que se os quite eso de la cabeza, que yo me atrevo con el mismísimo Satanás.

—¿Y entonces por qué andais tan rehacio?

—Porque no quiero pelear con vos.

—Eso es que me teneis miedo.

XVIII

—Pues creo que nada tenemos que hacer ya aquí, dijo Pommeferre.

—Cierto que no; y como nada tengo que hacer, y supongo que vos tampoco tendreis que hacer, y estas horas podemos hablar un tanto.

Pommeferre, que no quería que Perea se aperciese de la cesta de las provisiones, le dijo:

—Os equivocais: si vuestra Dulcinea está enferma y se ha reoigido, la mía no lo está ni piensa recogerse: me ha prometido volver á bajar, y si permanecis aquí, me causareis una estorsión.

—Hablemos mientras baja.

—Es que como estoy impaciente no se me ocurre nada.

—No importa que á vos no se os ocurra si se me ocurre á mí.

—¡Todo sea por Dios! dijo Pommeferre.

—Creo haberos oido decir que hace nueve años serví á vuestra señora.

—Cierto que sí, señor Perico.

—Y cuando vuestra señora os ha traído á España, debe tener en vos mucha confianza.

—Mucho.

